

arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló, y un golpe sordo de la cuchilla dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso, sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso. Alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los piés sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veintiseis años y dos días.

Pusieron los veintidos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

VII

Algunas semanas despues, una mujer jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos, se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just, y pidió que le dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como mujer del pueblo, y ganaba su vida y la de su hijo lavando ropa en los barcos que sirven para este uso en el río. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aún el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseía un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado ántes de que le llevasen al suplicio. Deseaba ardientemente poseer aquella pintura, que al ménos le recordaria á su marido en la imágen del jóven republicano, colega y amigo el más querido de Lebas. La jóven artista, reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguidó como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseía esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trajes de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluído, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Así se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad la única imágen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es más bien el retrato de una idea que el de un hombre; se parece á un sueño de la república de Dracon.

VIII

Tal fué el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al Terror en la ley, á la revolucion en el órden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peóres y otros mejores que él, tuvo la gran desgracia de morir el mismo dia que finalizó el Ter-

ror, acumulando sobre su nombre hasta la sangre de los suplicios que queria evitar y las maldiciones de las víctimas que quiso salvar. Su muerte fué la fecha, y no la causa de la terminacion del Terror. Los suplicios hubieran cesado con su triunfo, así como cesaron con su suplicio. La justicia divina deshonraba así su arrepentimiento y hacía inútiles sus buenas intenciones, ofreciendo en su tumba un abismo sin fondo, y en su memoria un enigma de cuya resolucio se estremece la historia, temblando decidir sobre él, temiendo igualmente hacerle una injusticia si le diese el nombre de crimen, ú horrorizarse si le diese el de virtud. Para que el historiador sea justo é instructivo, es necesario que asocie atrevidamente estas dos palabras, que repugnan ir juntas, y que componga con ellas una expresion com-



La mujer de Duplay estrangulada en su prision.—Pág. 495.

pleja, ó más bien es necesario que renuncie á la calificacion de lo que no se puede definir. Aquel hombre fué y quedará sin definicion.

Hubo un designio en su vida, y aquel designio fué grande: el reinado de la razon por la democracia. Hubo en él un móvil, y aquel móvil fué divino: la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hubo una accion, y aquella accion fué meritoria: el combate á muerte contra los vicios, la mentira y el despotismo. Hubo un sacrificio, y aquel sacrificio fué constante, absoluto como un sacrificio heroico: fué el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su descanso, de su dicha, de su ambicion, de su vida y de su memoria á su obra. En fin, hubo un medio, y aquel medio fué alternativamente ó legítimo ó execrable: la popularidad. Halaga al pueblo en su parte innoble, exagera las sospechas, suscita la envidia, provoca la ira, envenena la venganza y abre las venas al cuerpo social para curar sus males; pero deja que salga de ellas la sangre pura ó impura, siéndole todo indiferente, y sin interponerse entre los verdugos y las víctimas. No quiso el mal, pero lo aceptó. Hizo caer, por creerlo necesario en su posicion, las cabezas del rey, de la

reina y de su inocente hermana. Cedió á la misma pretendida necesidad la cabeza de Vergniaud, y al miedo, á la dominacion, la de Danton. Permitió que su nombre sirviese durante diez y ocho meses de enseña al cadalso y de justificacion á la muerte. Esperó rescatar despues lo que es imposible: el crimen actual por la santidad de las futuras instituciones. Se embriagó con la perspectiva de una felicidad pública, miéntras que Francia palpitaba en el patíbulo. Tuvo el vértigo de la humanidad. Quiso extirpar con el hierro todas las malas raíces del suelo social, y se arrogó los derechos de la Providencia porque tuvo el sentimiento y la concepcion de su imaginacion. Se puso en el lugar de Dios, queriendo ser el genio creador y exterminador de la revolucion. Olvidó que si cada hombre se divinizase á sí mismo, no quedaria al fin sino uno solo en el globo, y que el último de los hombres sería el asesino de todos los demas. Manchó con sangre las más puras doctrinas de la filosofía, inspirando al porvenir el espanto del reinado del pueblo, la repugnancia á la institucion de la república y la duda sobre la libertad. Cayó, en fin, en su primera lucha contra el Terror, porque no conquistó, resistiéndole desde un principio, el derecho y la fuerza de dominarlo. Sus principios fueron estériles y condenados como sus proscripciones, y murió exclamando con el desaliento de Bruto: «¡La república perece conmigo!» En aquel momento era en efecto el alma de la república, que desaparecia con su último suspiro. Si Robespierre se hubiera conservado puro y sin conceder nada á los extravíos de los demagogos hasta aquella crisis de cansancio y de remordimientos, la república hubiera sobrevivido, rejuvenecido y triunfado con él. Aquélla buscó un regulador, y él no le presentó sino un cómplice, preparándole un Cromwell.

La suprema desgracia de Robespierre al morir no fué la de perecer y arrastrar á la república consigo, sino la de no legar á la democracia, en la memoria del hombre que habia querido personificarla con la mejor buena fe, una de aquellas figuras puras, radiantes é inmortales que vengan una causa del abandono de la suerte y que protestan contra aquella ruina por la admiracion sin repugnancia y sin reserva que inspiran á la posteridad. La república necesitaba de un *Caton de Utica* en el martirologio de sus fundadores: Robespierre no le dejó sino un *Mario*, á excepcion de la espada. La democracia tenia necesidad de una gloria que resplandeciese para siempre con un hombre desde su cuna, y Robespierre no le recordaba sino su gran constancia, su gran incorruptibilidad y grandes remordimientos. Este fué el castigo del hombre, el del pueblo, el de la época, y aún el del porvenir. Una causa no es frecuentemente sino el nombre de una persona. La causa de la democracia no debia ser condenada á encubrir ó á justificar el suyo. El tipo de la democracia debe ser magnánimo, generoso, elemente, é incontestable como la verdad.

IX

Con Robespierre y Saint-Just concluyó el gran período de la república, y la segunda raza de los revolucionarios principió entónces. La república desciende desde la tragedia á la intriga, desde el espiritualismo á la ambicion, del fanatismo á la codicia. En el momento en que todo se achica, detengámonos á contemplar lo que fué tan grande.

La revolucion no habia durado más que cinco años. Aquellos cinco años fue-

ron cinco siglos para Francia. Tal vez no ha sucedido jamás en el mundo, desde la encarnacion de la idea cristiana, que en tan corto espacio de tiempo haya habido semejante erupcion de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de genios, de talentos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes, como hubo durante aquella elaboracion convulsiva del porvenir social y político de lo que se llama Francia; ni el siglo de César y de Octavio en Roma, ni el de Carlo-Magno en las Galias y en la Germania, ni el de Pericles en Atenas, ni el de Leon X en Italia, ni el de Luis XIV en Francia, ni el de Cromwell en Inglaterra. Parecia que la tierra, trabajando para engendrar el órden progresivo de las sociedades, hacia un esfuerzo de fecundidad comparable á la enérgica obra de regeneracion que la Providencia quiere cumplir. Los hombres nacieron como unas personificaciones instantáneas de las cosas que deben pensarse, decirse ó hacerse. Voltaire personifica el buen sentido; Juan Jacobo Rousseau, lo ideal; Condorcet, el cálculo; Mirabeau, el rayo; Vergniaud, la impetuosidad; Danton, la audacia; Marat, el furor; madama Roland, el entusiasmo; Carlota Corday, la venganza; Robespierre, la utopia, y Saint-Just, el fanatismo de la revolucion. Detras de ellos, los hombres secundarios de cada uno de estos grupos forman un haz que la revolucion separa despues de haberlos reunido rompiendo uno á uno todós sus tallos como si fuesen unas herramientas inútiles. La luz brilla á la vez en todos los puntos del horizonte, las tinieblas se disipan, las preocupaciones huyen, las conciencias se emancipan, las tiranías tiemblan, los pueblos se levantan, y los tronos se desploman. La Europa intimidada trata de herir, y herida ella misma, retrocede para mirar desde léjos aquel gran espectáculo. Aquel combate á muerte por la causa de la razon humana es mil veces más glorioso que las victorias de los ejércitos que le suceden. Conquistó para el mundo verdades imperecederas, en vez de conquistar á una nacion precarios aumentos de provincias. Ensanchó el dominio del hombre, en vez de ensanchar los límites del territorio. Tuvo el martirio á gloria, y la virtud fué su única ambicion. Es glorioso pertenecer á una raza de hombres á quien la Providencia ha permitido concebir semejantes ideas, y ser hijo de un siglo que ha dado impulso á tales movimientos del espíritu humano. ¡Glorificase con ellos Francia por su inteligencia, por su representacion, por su alma y por su sangre! Las cabezas de aquellos hombres caen una á una, las unas justa, las otras injustamente, pero todas caen trabajando. Se acusa ó se absuelve, se llora ó se maldice. Los individuos son inocentes ó culpables, interesantes ú odiosos, víctimas ó verdugos. La accion es grande, y la idea se eleva sobre sus instrumentos como la causa siempre pura sobre los horrores de un campo de batalla. Por espacio de cinco años, la revolucion no fué más que un vasto cementerio. Sobre la tumba de aquellas víctimas está escrita una palabra que las caracteriza: en una, *filosofia*; en otra, *elocuencia*; en ésta, *genio*; en aquélla, *valor*; aquí, *crimen*; allá, *virtud*; pero en todas está escrito: *Muerte para el porvenir y Obrero de la humanidad*.

X

Una nacion debe llorar sus muertos, sin duda, y no consolarse de una sola cabeza injustamente sacrificada; pero no debe sentir su sangre cuando ha corrido para hacer salir de ella verdades eternas. Dios ha puesto este precio á la germi-

nacion y al desarrollo de sus designios sobre el hombre. Las ideas vegetan con sangre humana. Las revelaciones descienden de los cadalsos. Todas las religiones se divinizan por los mártires. ¡Perdonémonos, pues, hijos de los combatientes y de las víctimas! ¡Reconciliémonos sobre sus sepulcros, para continuar su interrumpida obra! El crimen lo ha perdido todo mezclándose entre las filas de la república. Combatir no es sacrificar. Separemos el crimen de la causa del pueblo, como un arma que le hiere la mano y que ha cambiado la libertad en despotismo; no tratemos de justificar el cadalso por la patria, y las proscripciones por la libertad; no endurezcamos el alma del siglo con los sofismas de la energía revolucionaria; dejemos su corazón á la humanidad, éste es el más seguro y el más infalible de sus principios, y resignémonos á la condicion de las cosas humanas. La historia de la revolucion es gloriosa y triste como el día que sigue á una victoria y como la víspera de otro combate. Pero si esta historia está cubierta de luto, está llena sobre todo de fe. Se asemeja á un drama antiguo, en el cual, miéntras el narrador hace la relacion, el coro del pueblo canta la gloria, llora las víctimas, y eleva un himno de consuelo y de esperanza á Dios.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

ÍNDICE.

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativas de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salud pública.—El toque á rebato.—El 2 de Junio.—Discursos.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos. 5

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscritos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público. 22

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Juicio.—Ejecucion. 35

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apotheosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandia.—Sus diversos destinos.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Robespierre desarrolla sus teorías.—Reorganizacion del comité de salud pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Excesos.—Suplicios.—Máximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto. 71

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina Maria Antonieta.—La Conserjería.—Arrebatan á su madre el joven Delfín.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville acusador público.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte. 108

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de Octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veintin girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino. 135

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans es trasladado de Marsella á Paris y conducido á la Conserjería.—Su proceso.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este principe. 164

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel representantes del pueblo.—Batalla de Hondshoote.—Liberacion de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubenge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin, y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la resistencia á la rebellion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lyoneses.—Mrs. de Chenelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lyoneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy, fugitivo, consigue refugiarse en Suiza. 173

LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot-d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destruccion.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon